

El tamaño de nuestra esperanza

El tamaño real. No se trata de ser optimistas o pesimistas. Se trata de responder a esta pregunta: ¿qué podemos construir hoy nosotros? Es decir, qué posibilidades nos ofrece la situación y qué posibilidades nuevas podemos crear.

Porque no siempre se puede hacer todo. Bolívar combatió por la Independencia y quiso dar a esta palabra el sentido más integral posible. Páez captó la densidad social de esta palabra y fue capaz de hacérsela sentir al pueblo como una posibilidad real. Y sin embargo, tras de la victoria sobre España, nada cambió para el pueblo. Y eso no se debió sobre todo al espíritu de casta antinacionalista de la oligarquía ni a la traición de Páez. Se debió a que la independencia del pueblo no era todavía una posibilidad real. Eso no exime de su responsabilidad a una oligarquía cerril y usurera que con su actitud contribuyó a exasperar la situación en vez de secundar a Bolívar en su empeño histórico de realizar esa transición.

Por eso pocas décadas después se alza el pueblo y se alza Zamora para completar la obra independentista de Bolívar. Tierra y hombres libres es la traducción real del mismo espíritu que arrastró al pueblo a la guerra en la Independencia. Y ahora, tras la experiencia amarga de la república oligárquica, la lucha es más feroz. El grito ¡Oligarcas temblad! es un grito popular, es la erupción colérica del resquemor de promesas e ilusiones violadas; no, como la guerra a muerte, la consigna táctica de un militar. Y sin embargo, la guerra federal acaba en la capitulación de Coche. Y nuevamente no podemos achacar esta victoria de la oligarquía sólo a la traición de Falcón, mal aconsejado por Guzmán Blanco y su camarilla. Tenemos que decir también que el pueblo no tenía aún poder efectivo, capacidad real para construir desde sí mismo la República. Aunque eso no exime de culpa a una oligarquía disfrazada de demagogia y carcomida por la incapacidad, el despilfarro y la rapiña.

Y unas décadas después, Castro quiso comenzar el siglo liquidando a toda una clase social de viejos oligarcas, políticos camaleones. Y partió desde una región olvidada, emparejado con el pueblo en modo de vida, tenacidad y valor. Y sin embargo, esta vez tampoco el pueblo, que le llevó hasta Caracas, pudo entrar a Miraflores. Está la esquizofrenia del caudillo de Capacho escindido entre la prédica mesiánica y el entre-guismo a la oligarquía, entre las declaraciones de independencia nacional y el descuido del gobierno entre placeres, aclamaciones e hipersensibilidad ante la crítica. Pero está más en el fondo el tremendo estancamiento del pueblo y el carácter cada vez más abiertamente antinacional de la oligarquía que con el banquero Matos a la cabeza —representante de los intereses extranjeros— se coaliga con los viejos espadones para que no muera un siglo de anhelos y de traiciones. Triunfa Castro. Pero triunfa sobre todo la oligarquía vencida. Al pueblo le toca de nuevo esperar. Y los realmente vencidos son

los caciques regionales; lo que muere es el poder político ligado a la propiedad de la tierra; lo que queda herido de muerte al comenzar el siglo en Venezuela es la relación servil. Lo que triunfa es la burguesía usuraria y mercantil.

Comenzamos diciendo que no siempre puede hacerse todo. Pero recorriendo nuestro siglo XIX, tal vez nos quede la impresión de que la realidad es que no puede hacerse nada. Es decir, que no hay esperanza para el pueblo. Nosotros no pensamos, sin embargo, que esa sea la conclusión.

En la Independencia se abre un horizonte, cae una semilla a nuestra tierra. En nuestros más grandes hombres este horizonte es más, mucho más que el reflejo de unas condiciones económico-sociales existentes. Esta semilla desborda los intereses de una clase social. Por eso podemos decir que ese aire de libertad, que ese aliento igualitario, que ese clamor de moral y luces constituyen el plasma que va fraguando nuestra nacionalidad. Sin embargo estos anhelos no se realizan mágicamente, requieren un polo económico dinamizador para que a través de él esas energías se materialicen en relaciones sociales justas y fraternales. Esa tarea le correspondía históricamente a la burguesía. Y entre nosotros la burguesía falló. No hubo una burguesía nacional. Y esto significa la sustitución de Castro por Gómez: el triunfo de la burguesía sobre los caudillos necesitaba de un reajuste que expresara cabalmente el carácter de esta burguesía, el gobierno necesitaba abdicar de los pujos nacionalistas y unirse dócilmente al carro de la potencia ascendente. Eso hizo Gómez con los Estados Unidos y de este modo el poder político pasó a ser el reflejo fiel de la burguesía dependiente.

Aquí aparece claro lo que fue la piedra de tranca en nuestro siglo XIX: nuestra economía dependía del exterior: la crisis del 46 está ligada a la caída de precios y la insurrección popular que culmina en el 48 tiene su correspondencia en Europa —y para ellas nace precisamente el manifiesto comunista. Lo mismo podríamos decir de la crisis con que se cierra la década de los cincuenta y la guerra federal o la crisis con que concluyen los sesenta y la llegada de Guzmán Blanco y lo mismo de las demás crisis cíclicas del capitalismo.

Esto no significa que el pueblo olvidara los propósitos de la Independencia. Lo que ocurría es que aún no estaba el tiempo para la cosecha.

En la segunda década de nuestro siglo surgió ese polo económico dinamizador. Nuevamente nuestra burguesía y su gobierno se comportaron faltos de creatividad y de sentido nacional: se vendieron y a un precio ridículamente miserable. Pero el pueblo volvió a insurgir. Aunque esta vez no secundando a caudillos, sino organizándose laboralmente. Forjando este nuevo poder nacieron gloriosamente AD y el PCV, luchando durante tres décadas por hacer verdad la independencia nacional, poder que llegó al culmen hacia el año 60. Entonces se llevó a cabo un proceso sistemático de desmovilización popular. Y unidos a las tradicionales, surgieron nuevas traiciones.

No siempre se puede hacer todo. Es verdad que en nuestra historia republicana ha sido posible bastante más de lo realizado. Sin embargo, es cierto que aún no era posible una independencia cabal como la soñó Bolívar o Zamora. Esta independencia comenzó a forjarse modernamente hacia los años treinta. Y aún no está lograda. Es verdad que para explicarlo tenemos que mencionar el fracaso de una clase —la burguesía— y no pocas traiciones de líderes y aun movimientos salidos del pueblo. Sin embargo, más profundamente tenemos que decir que la historia del mundo es única. Y en esa única historia nacimos bajo el imperio español, pasamos al inglés y en este siglo fuimos uncidos por el gobierno y la burguesía al capitalismo imperialista de USA.

¿Y cuál es hoy el tamaño de nuestra esperanza? ¿Verá nuevamente el pueblo frustrados sus anhelos? ¿Seguiremos aún sin independencia nacional? Creemos que las coordenadas reales de nuestra esperanza se mueven entre esa enfática declaración de Carlos Andrés Pérez: Nosotros vamos a cambiar el mundo y esa otra de Pérez Alfonzo que califica de chucuta a la nacionalización del hierro.

La declaración del Presidente de Venezuela apunta al surgimiento de nuevas potencialidades históricas con un signo diverso de las anteriores. Apunta a la realidad en marcha de un nuevo orden mundial. Los años cincuenta marcan un punto de inflexión en la historia: significan el fin de un orden mundial construido en base a la dominación colonial directa, despótica del Occidente desarrollado. Significan la liberación po-

lítica de gran parte de Africa y de Asia y la puesta en marcha de una liberación económica, social y cultural. Significan la victoria militar del Tercer Mundo —que en estos mismos días escribe en Vietnam páginas de dolor y de gloria— y el comienzo de una guerra mucho más sutil, la guerra económica y la lucha por liberarse de la penetración cultural.

El petróleo es en estos días el arma económica del Tercer Mundo, una bandera que puede levantar muchas otras. No siempre se puede hacer todo. Pues bien, hoy sí existe el polo económico capaz potencialmente de dinamizar nuestras economías para lograr una interdependencia justa y provechosa para todos: un nuevo orden mundial. Si el dinero es la mercancía universal, la mercancía pura, la declinación del dólar sería el símbolo de que USA no sería ya la nación particular con significación universal, USA habría perdido el poder de imponer su interés particular como bien para el mundo. El Tercer Mundo no es sólo ya clamor de opresión, ni anhelo de dignidad y liberación; comienzan también a aparecer en él signos inequívocos de poder real. Y un poder de nuevo signo, es decir un poder que busca canalizarse racionalmente, no un poder prepotente. En este sentido van las respuestas de dignidad y avenimiento frente a las recientes bravuconadas de USA. En este sentido hay que apuntar ese 12% del presupuesto venezolano para ayudar a nuestros hermanos del Tercer Mundo frente al escaso 1% de los países desarrollados.

La dependencia estructural del Occidente desarrollado, esa piedra de tranca de nuestra historia republicana que hizo trunca nuestra Independencia, puede ser hoy removida. Es más, a escala mundial está ya comenzando a removerse, aunque a un precio muy costoso. Esta es una de las coordenadas de nuestra situación. Ella nos da esperanza.

Pero la otra coordenada vendría bien definida por esa palabra criolla: chucuta. Y describiría con dolorosa exactitud las características del proceso venezolano de nacionalización. Una nacionalización alicorta. Y ¿por qué? ¿Por qué habiendo posibilidades reales para una independencia económica y cultural nos quedamos a mitad de camino? ¿Por qué da la impresión de que cambiáramos para no cambiar? La razón estaría a nuestro entender en que hoy la única posibilidad de una independencia nacional estaría en un gobierno popular. Hoy un gobierno nacionalista tiene que soportar presiones muy fuertes de tipo comercial, cultural, político y aun militar. Hoy es verdad que tenemos disponibilidades monetarias, pero en todo lo demás estamos aún en proceso. Tenemos que hacer todo y casi a la vez. Sólo un apoyo popular, una movilización popular, sólo un pueblo organizándose para la liberación nacional es capaz de sostenerse sin ceder en esta coyuntura tan apretada. Pero hemos observado que a partir del sesenta se desencadena un proceso de desmovilización popular, se llama al pueblo a que delegue en el gobierno. Ahora el gobierno sólo requiere al pueblo para la campaña electoral. El gobierno desconectado del pueblo acaba cayendo sin condiciones en brazos de la burguesía. Y hoy nuestra burguesía sigue empecinada en su triste papel de canalizar para su provecho los recursos del Estado y de servir de intermediaria a la burguesía internacional. Nuestra burguesía no es capaz de crear, es un capitalismo especulativo, sólo pretende la menor ganancia y el menor riesgo. Y como nada sabe hacer, su negocio consiste en pedir al Estado crédito y obras de infraestructura para con ellos montar filiales de empresas extranjeras.

¿Qué es hoy posible entre nosotros? Hoy existen posibilidades reales de superar la dependencia. Pero no las hemos asumido. Y valiosos gestos de independencia en el ámbito internacional resultan amenazados y de una significación concreta vacilante, si la palabra vibrante del presidente no es la expresión de un pueblo en marcha. Y nuestro pueblo no está en marcha. Hay creciente desempleo y subempleo. El gobierno no da al pueblo responsabilidad y poder.

Creemos que en las circunstancias actuales, la dependencia externa es realmente superable. El obstáculo principal es la dependencia interna. El sentido antinacional de nuestra burguesía. La pérdida de dinamismo de los partidos, que parecieran a veces meras agencias de empleo. La desorientación, el cansancio y aburguesamiento de nuestra intelligentsia. La seducción que los medios de comunicación obran devastadoramente sobre el pueblo incitándolo a la pasividad, a la irracionalidad y al consumismo.

Sin embargo, vemos que mucha gente se va cansando . . .